

LA ACADEMIA DIPLOMÁTICA DEL ECUADOR

Embajador Galo Galarza.

Cuando ingresé al Servicio Exterior Ecuatoriano, en el año 1976, después de ganar un concurso público para formar parte del último escalafón administrativo en el Ministerio de Relaciones Exteriores: Canciller 3, Ayudante 4, con un sueldo de aproximadamente 2.000 sucres mensuales (tal vez un equivalente a doscientos dólares de ahora), no existía un centro de capacitación y menos un instituto o academia que formara a los diplomáticos ecuatorianos en esa Cartera de Estado. Nos autorizaban, a quienes entrábamos a formar parte de la carrera diplomática, para que dispusiéramos de unas horas y continuáramos nuestros estudios en los centros universitarios donde nos habíamos matriculado. Así, me permitieron que continúe mis estudios de Jurisprudencia en la Universidad Católica de Quito. Recuerdo que ese concurso, al que me referí anteriormente, lo ganamos, de entre doscientos aspirantes, dos jóvenes, entonces, estudiantes de la misma Facultad de Jurisprudencia: Claudio Cevallos (actual embajador del Ecuador en Costa Rica y quien escribe esta nota). Claudio continuó sus estudios en la Universidad Central y yo continué los míos en la Universidad Católica hasta egresar de dicha facultad y obtener la licenciatura en Ciencias Jurídicas. Después también continué en la Escuela de Ciencias Internacionales de la Universidad Central del Ecuador donde obtuve mi doctorado en Ciencias Internacionales. Hay que recordar que para entonces ese era el único centro académico de Quito donde se estudiaban las relaciones internacionales. Sin embargo era vista esa Escuela de Ciencias Internacionales con cierto desdén por parte de algunos “exquisitos” que la llamaban “La Escuelita” pero, en honor a la verdad, debo mencionar que allí tuve brillantes profesores, de los mejores que he tenido en toda mi vida, baste nombrar a Germánico Salgado, Eduardo Santos Alvite, Alberto Acosta, Julio Prado Vallejo, Rodrigo Borja, Fray Agustín Moreno, José Ignacio Donoso, Jorge Endara, entre otros.

Tan pronto ingresé a la Cancillería ecuatoriana me involucré también en el organismo gremial que se había creado unos años antes, la Asociación de Funcionarios y Empleados del Servicio Exterior (AFESE), que de alguna forma era un centro en disputa entre los sectores denominados “progresistas” (integrado por los embajadores más jóvenes) y otro integrado por los más conservadores (que lo formaban embajadores más antiguos y tradicionalistas y algunos jóvenes prematuramente envejecidos). Así formé parte, casi enseguida de mi ingreso, de la directiva que presidía mi buen amigo el embajador Hernán Holguín, que en paz descansa y a quien rindo homenaje a través de estas notas, recordando su hombría de bien, su generosidad y su firmeza en defender ideas y principios que a veces le enfrentaron con su propio entorno familiar.

Desde entonces, siempre estuve ligado, de una u otra forma, a esta asociación gremial de la cual fui vicepresidente y presidente años más tarde. Entre los postulados de la AFESE estuvo siempre impulsar la creación de un instituto de formación diplomática que adherido al Ministerio de Relaciones Exteriores capacite a los diplomáticos que ingresaran al servicio exterior, tal como existían en otras cancillerías de América Latina. Esa idea fue cobrando fuerza año tras año hasta que en 1986 un grupo de diplomáticos de carrera presentó un proyecto al entonces Ministro de Relaciones Exteriores, Rafael García Velasco, proponiendo la creación de la Academia Diplomática. Algunos de ellos: Leonardo Carrión, Alfonso López, Byron Morejón, Edwin Johnson, Jaime Marchán (entonces subsecretario del servicio exterior), han escrito artículos en la revista de la Asociación de Funcionarios del Servicio Exterior contando más detalles sobre esta acción. El canciller García Velasco llevó el proyecto a consideración del entonces Presidente de la República, León Febres Cordero, quien lo aprobó con algunas modificaciones y lo bautizó como Academia de Capacitación Diplomática.

El cuerpo directivo de la primera Academia Diplomática propuesto por el canciller García Velasco estaba integrado de la siguiente forma: Director: embajador Mario Alemán Salvador; Director de Estudios: embajador Francisco Proaño Arandi; Director de Investigaciones y Publicaciones: consejero Galo Galarza Dávila. Entonces saltaron a escena los intrigantes de siempre, los comedidos de oficio, los “correveydile” que pusieron el grito en el cielo. ¿Cómo es posible que ese grupo de “comunistas” dirija la

Academia Diplomática?, argumentaron los muy hipócritas ("sepulcros blanqueados", como los llamó con justicia un buen amigo). Y, claro, el mandatario socialcristiano ni corto ni perezoso tachó nuestros nombres y el de algunos profesores que también fueron propuestos en el primer grupo docente. En nuestro lugar puso a los siguientes funcionarios: Director: embajador César Román González; Director de Estudios: embajador Galo Larrea Donoso; Director de Investigaciones y Publicaciones: Diego Stacey Moreno. Y así se consumó la primera intervención en la recién formada Academia Diplomática. Mario, que en paz descansa, Francisco y yo debimos salir temporalmente de la Cancillería, bien en disponibilidad o a refugiarnos, como fue mi caso, en la Comisión de Relaciones Internacionales del entonces denominado Congreso Nacional de la República que la presidía el Dr. Fernando Guerrero, diputado socialista de grata recordación.

Cuando terminó el gobierno de Febres Cordero y asumió la presidencia el Dr. Rodrigo Borja Cevallos se reestructuró la entonces, ya en funcionamiento, Academia Diplomática, se le asignó el nombre de Antonio J. Quevedo (destacado abogado quiteño que ocupó funciones de importancia en el organismo de Naciones Unidas en Nueva York) y se encargó la dirección general al embajador Horacio Sevilla Borja; como director de estudios se nombró al Ministro Arturo Ontaneda Luciano; y, como Director de Investigaciones y Publicaciones, nuevamente a mí. Volvía así a involucrarme con la Academia Diplomática y acompañar en su dirección a tan apreciados amigos. Allí se formó la promoción José Peralta, algunos de cuyos cursantes son ahora destacados embajadores y ministros del Servicio Exterior.

Pasaron los años, la Academia, con algunos altibajos y con la dirección de distinguidos colegas (pienso en mi gran amigo Javier Ponce Leiva, fallecido prematuramente, Fernando Rivadeneira, Abelardo Posso, el mismo Jaime Marchán), cumplió un rol importante en la formación de varias generaciones de diplomáticos ecuatorianos, algunos de los cuales llegaron a ocupar altas funciones y jefaturas en embajadas y consulados.

Bajo la presidencia del economista Rafael Correa y la Cancillería en manos del también economista Ricardo Patiño, se eliminó la Academia Diplomática Antonio J. Quevedo y se la transformó en el Instituto de Relaciones Internacionales José Peralta, en el año 2009. Entonces yo

cumplía funciones de Embajador del Ecuador en México. Vi de lejos y con preocupación lo que se hacía y como se desmantelaba la sede que tanto esfuerzo y recursos costó y que funcionaba en la que fue residencia del ex Presidente de la República Galo Plaza Lasso, donde se instaló temporalmente la sede de UNASUR.

Aparentemente aquella decisión no era tan descabellada, si se escuchaba a las autoridades de entonces, pues ya se sabe que el infierno está pavimentado de buenas intenciones. Se buscaba dar a quienes ingresaran en dicho Instituto una maestría en relaciones internacionales y se pretendía también democratizar el ingreso al Servicio Exterior. El error estuvo en desvincular a la Academia o Instituto del Ministerio de Relaciones Exteriores e insertarla en un organismo como el Instituto de Altos Estudios Nacionales que pasaba por una aguda crisis de todo orden. La tal “democratización” también tuvo sus bemoles, porque si bien ingresaron como terceros secretarios al recién creado Instituto de Relaciones Exteriores José Peralta jóvenes de diferentes procedencias (negros, montubios, indígenas serranos y amazónicos, un número importante de mujeres), lo hicieron de forma masiva (más de ciento sesenta) y sin que muchos de ellos tengan la adecuada preparación. Eso se ha visto reflejado en el desempeño posterior, cuando fueron a ocupar funciones en diferentes embajadas y consulados ecuatorianos y en las mismas dependencias de Cancillería, y cuando se constató que algunos de ellos no obtuvieron la prometida maestría. Sin embargo, en honor a la verdad, debo manifestar que me ha tocado en estos últimos años trabajar con algunas de las tercer secretarias que ingresaron en esa ocasión y son y fueron excelentes funcionarias, de tal manera que no todos quienes ingresaron en aquellos años fueron deficientes, como en algunos ámbitos se afirma.

Entonces, la creación del Instituto de Relaciones Internacionales José Peralta, pese a los loables esfuerzos de sus directivos y los buenos propósitos de sus mentalizadores, fue un fracaso. No consiguió los objetivos propuestos y dio paso para que en el gobierno del presidente Lenín Moreno, cuando encargó por fin la conducción de la Cancillería a un diplomático de carrera, en la persona del destacado embajador José Valencia, se busque reintegrar la Academia Diplomática (ahora ya sin nombre pues se eliminó las opciones de Antonio J. Quevedo y José Peralta, este último el ilustre Canciller de Eloy Alfaro y el primer encargado del

entonces creado Ministerio de Relaciones Exteriores), a la estructura del Ministerio de Relaciones Exteriores y Movilidad Humana, y se encargó su dirección al embajador Alejandro Suárez Pasquel, quien tiene el reto de volver a poner en marcha la desarmada Academia.

Confieso que el término “academia” me causa siempre algún resquemor, será por esa expresión de Rubén Darío tan dramática: “De las academias líbranos Señor”, o por lo pretensioso y mil y mal usos que se ha dado al término. Hay ahora academias de belleza, de artes marciales, de cocina, de pilates, de cirugía estética, etc. Me habría gustado que siga llamándose Instituto de Relaciones Internacionales José Peralta, como otros centros de capacitación diplomática que existen en América Latina, particularmente los más célebres: el Instituto Rio Branco en Brasil, el Instituto Matías Romero en México, el Instituto Artigas en Uruguay o el Instituto Raúl Roa en Cuba. Fui, por otra parte, del grupo de diplomáticos que reivindicó el nombre de José Peralta, allá por los años ochenta del siglo pasado, en un medio en el cual se lo tenía completamente olvidado. En la AFESE emprendimos una verdadera cruzada para reivindicar al Canciller de Eloy Alfaro. Dedicamos un número entero de la revista a destacar su vida y obra, al tiempo que promovimos un concurso entre los miembros del Servicio Exterior para que investiguen sobre su vida y trayectoria. El célebre pintor Oswaldo Guayasamín colocó su retrato en el Mural de la Democracia que está en el salón principal del Palacio Legislativo y nos autorizó para que utilizemos esa imagen en la revista AFESE. El Banco Central del Ecuador y la Casa de la Cultura Benjamín Carrión igualmente editaron varios de sus libros, lo mismo que la familia de José Peralta, particularmente su sobrino Osvaldo Albornoz. De tal manera que esta iniciativa de reivindicar al Canciller de Alfaro también surgió en la Cancillería.

Pero la decisión está ya tomada y ahora habrá que apoyar con todo nuestro entusiasmo a la Academia Diplomática en su nueva etapa de vida. Por mi parte me he acercado al Instituto Artigas de Relaciones Internacionales, que tiene su sede en Montevideo, a fin de concretar aspectos de cooperación e intercambio, en base a un convenio que firmaron en 1990 los ilustres cancilleres Diego Cordovez y Héctor Gross Espiel. Así lo he hecho saber al embajador Alejandro Suárez, con quien, por cierto, me ha tocado trabajar en algunas dependencias de Cancillería. Alejandro, hijo del ex presidente Mariano Suárez Veintimilla, aparte de ser un destacado diplomático de

larga trayectoria, es un constante animador y difusor de la música clásica en nuestro país y un escritor de amenas historias costumbristas.

En este día, cuando se recuerda la creación de la Academia Diplomática y también el Día del Diplomático (y de la diplomática) Ecuatoriano/a, saludo a todos mis colegas (mujeres y hombres con quienes he trabajado a lo largo de cuarenta y tres años, algunos de los cuales murieron en el cumplimiento del deber y a quienes también rindo mi sentido homenaje en esta nota); a quienes comienzan o ya han iniciado sus labores en la Cancillería, en embajadas y representaciones permanentes ante organismos internacionales, en consulados, y son parte de una carrera que es en verdad, como la ha denominado hace unos días una distinguida académica en un artículo de prensa, “el mejor oficio del mundo” (García Márquez decía que el de periodista), pero también que exige, el oficio de diplomático, enormes sacrificios personales y familiares y que, lastimosamente, como he escrito en otro momento, ha sido mal comprendido y caricaturizado por un puñado de tontos y resentidos, o ha sido botín político de los gobiernos de turno.

21 de mayo de 2019